

el ángel mahometano del sepulcro, se hubiera vuelto atrás, creyendo que se equivocaba de puerta. Parecía morir porque quería. Había libertad en su agonía; solo sus piernas estaban inmóviles, y por ellas le llegaba la muerte. Sus pies estaban fríos y muertos, y su cabeza vivía con todo el poder de la vida y en completa lucidez. G. se asemejaba en aquel grave momento al rey del cuento oriental, que era de carne por la parte superior y de mármol por la parte de abajo.

Junto al sillón había una piedra enorme. El obispo se sentó en ella, é hizo este exordio exabrupto:

—Os felicito, dijo con acento de reprensión, porque al cabo y al fin no votásteis por la muerte del rey.

El convencional no sabemos si notó el amargo sentido que ocultaban las palabras anteriores, pero la sonrisa desapareció de su fisonomía al contestar:

—Señor, no me feliciteis ligeramente, porque yo voté por el fin del tirano.

Era aquella la voz austera que respondía á la voz severa.

—Qué queréis decir? le preguntó el obispo.

—Quiero decir que al hombre le domina un tirano: la ignorancia; he votado por el fin de ese tirano, que engendra la monarquía, que es la autoridad tomada en falso, mientras que la ciencia es la verdadera autoridad. La ciencia es la única que debe gobernar al hombre.

—Y la conciencia, añadió el obispo.

—Que es lo mismo. La conciencia es la cantidad de ciencia innata que existe dentro de nosotros.

Monseñor Bienvenido escuchaba con cierto asombro este lenguaje tan nuevo para él.

El convencional prosiguió:

—No voté en pró de la muerte de Luis XVI. No tengo el derecho de matar á ningun hombre, pero tengo el deber de exterminar el mal. Voté por el fin del tirano, es decir, por el fin de la prostitucion de la mujer, por el fin de la esclavitud del hombre, por el fin de la ignorancia del niño; y, votando en favor de la república, voté en beneficio de todo eso. Voté por la fraternidad, por la concordia, por la luz. Ayudé á la caída de las preocupaciones y de los errores: el hundimiento de unas y de otros produce la claridad. Hemos hecho caer nosotros el viejo mundo, y ese viejo mundo, vaso de miserias, al volverse sobre el género

humano, se ha convertido en urna de alegría.

—De alegría aguada! dijo el obispo.

—Mejor podríais decir de alegría turbada; y hoy, despues del fatal retroceso á lo pasado, que se llama 1814, alegría desvanecida. La obra fué incompleta, convengo en ello; porque aunque hemos demolido el antiguo régimen en los hechos, no lo hemos podido suprimir en las ideas. No basta destruir los abusos, es indispensable modificar las costumbres. El molino ya no existe, pero el viento que lo movía continúa soplando.

—Habeis demolido, y eso puede ser útil, pero yo desconfío de las demoliciones verificadas por la cólera.

—El derecho tiene su cólera, señor obispo, y la cólera del derecho es un elemento del progreso. Dígase lo que se quiera, la Revolucion francesa es el paso más grande que ha dado el género humano desde el advenimiento de Jesucristo. Es incompleta, es verdad, pero es sublime. Ha despejado todas las incógnitas sociales, ha dulcificado los espíritus, ha tranquilizado y ha ilustrado, haciendo correr por el mundo torrentes de civilizacion. La Revolucion francesa es la consagracion de la humanidad.

—Sí?... y el 93?... exclamó el obispo.

El convencional se enderezó en su asiento con solemnidad casi lúgubre, y cuanto puede levantar la voz un moribundo, él la levantó, diciendo:

—Ah! ya pareció el 93!... Ya me lo esperaba. Durante mil quinientos años se ha estado formando un nublado; al cabo de quince siglos estalla la tormenta, y acusais al rayo!...

Conoció el obispo, tal vez sin confesarlo, que algo en él había recibido un ataque. Sin embargo, respondió sin desconcertarse:

—El juez habla en nombre de la justicia; el sacerdote en nombre de la piedad, que solo es una justicia más alta. El rayo no debe equivocarse.

Despues añadió, mirando con fijeza al convencional:

—Luis XVII?

El convencional extendió la mano y cogió el brazo del obispo:

—Luis XVII? Veamos por quién llorais. Por el niño inocente? Entonces lloro yo con vos. Por el niño real? Entonces os suplico que reflexioneis. A mis ojos, el hermano de Cartouche, niño inocente, colgado por los sobacos en la plaza de la Grève hasta que el suplicio le produjese la muerte, por el crimen de

ser hermano de Cartouche, no es menos digno de compasion que el nieto de Luis XV, martirizado en la torre del Temple por el único crimen de haber sido nieto de Luis XV.

—Señor mio, le contestó el obispo, no me parecen bien las proximidades de ciertos nombres.

—Cartouche? Luis XV? ¿Contra cuál reclamais?...

Hubo una pausa prolongada en el diálogo. El obispo casi se arrepentía de su visita, pero á la par se sentía vaga y extrañamente conmovido.

El convencional continuó:

—Veo que al sacerdote no le gustan las asperezas de la verdad y á Jesucristo le complacian. Tomaba el látigo y limpiaba el templo. Su látigo producía relámpagos de verdades. Cuando exclamaba: *Sinite parvulos*... no distinguía entre los niños. No se hubiera incomodado porque se comparase al delfin de Barrabás con el delfin de Herodes. La inocencia lleva en sí misma la corona y nada gana por ser alteza: tan augusta es con andrajos como adornada con flores de lis.

—Es verdad, contestó el obispo en voz baja.

—Habeis nombrado á Luis XVII, siguió diciendo el convencional; pues entendámonos. Lloremos por todos los inocentes, por todos los mártires, por todos los niños, por los altos y por los bajos, pero remontémonos más allá del 93, que debemos empezar á derramar lágrimas antes de Luis XVII. Lloraré con vos por todos los hijos de los reyes, si vos llorais conmigo por todos los hijos del pueblo.

—Yo lloro por todos, respondió el obispo.

—Igualmente?... y si ha de inclinarse á un lado la balanza será por el lado del pueblo, porque es el que está padeciendo mucho más tiempo!...

Reinó otro instante de silencio. Lo rompió el convencional, que se irguió, apoyándose sobre un codo, y que con el pulgar y el índice replegado comprimió algun tanto la mejilla, como se hace maquinalmente cuando se interroga y se juzga, é interpelló al obispo con una mirada llena de todas las energías de la agonía, que fué casi una explosion:

—Mucho tiempo hace que el pueblo está sufriendo; pero, ¿por qué venís á interrogarme y á hablarme de Luis XVII? Yo no os conozco. Desde que me enterré en este retiro estoy aquí solo, sin salir nunca, sin ver más que á ese niño que

me sirve. Vuestro nombre, es cierto, llegó hasta mí confusamente y con cierta aureola, pero esto nada significa para mí. Las gentes hábiles tienen muchos medios para embaucar al pueblo bonachon.—A propósito... no oí el ruido de vuestro carruaje: le habreis dejado sin duda detrás del cercado, en el cruce del camino. Os dije que no os conocía y me contestásteis que érais el obispo, pero esto no me dá la descripción moral de vuestra persona, por lo que vuelvo á preguntaros: Quién sois? Un obispo, es decir, un príncipe de la Iglesia, un hombre dorado, blasonado, rico, con grandes prebendas; el obispo de Digne, con quince mil francos fijos, diez mil francos eventuales; total, con veinticinco mil francos; un clérigo que dispone de cocinas, que gasta libreas y palacios, que arrastra coche en nombre de Jesucristo, que andaba á pié y descalzo. Todo esto me dice demasiado ó no me dice bastante; no me ilustra sobre vuestro valor intrínseco y esencial, del que debeis enterarme, ya que venís con la pretension de imponerme vuestra sabiduría. A quién hablo? Quién sois?

—*Vermis sum*, respondió el obispo inclinando la cabeza.

—Un gusano en carroza!...

Tocábale el turno de ser altivo al convencional y á monseñor de ser humilde. Mr. Myriel replicó con dulzura:

—Sea lo que querais, señor mio; pero explicadme de qué modo mi coche, mi buena mesa, mis familiares y mis lacayos prueban que la piedad no es una virtud, que la clemencia no es un deber y que el 93 no fué inexorable.

El convencional se pasó la mano por la frente, como para apartar una nube, y dijo:

—Antes de contestaros os suplico que me perdoneis. Estando en mi casa sois mi huésped y os debo cortesía. Discutís mis ideas y debo limitarme á rebatir vuestros argumentos. Vuestra riqueza y vuestros goces son las ventajas que tengo sobre vos en el debate, pero sería de mal gusto en mí aprovecharme de esas armas. Os prometo, pues, no volver á usarlas.

—Os lo agradezco, le contestó monseñor.

—Os daré la explicacion que me pedíais. ¿Dijisteis que el 93 fué inexorable?

—Inexorable, sí. ¿Qué pensais de Marat aplaudiendo á la guillotina?

—¿Y qué pensais de Bossuet cantando

el *Te-Deum* en loor de las dragonadas contra los protestantes?

La contrapregunta era dura, pero llegaba recta al blanco con la rigidez de una punta de acero. Se estremeció el obispo y no se le ocurrió ninguna réplica, escociéndole además el modo irrespetuoso de citar á Bossuet.

El convencional empezaba á respirar difícilmente; el asma de la agonía, que se presenta en los últimos momentos, le entrecortaba la voz, pero se veía aun en sus miradas la perfecta lucidez de la inteligencia. Continuó hablando del modo siguiente:

—Independientemente de la revolución, que, considerada en su conjunto, es una inmensa afirmación humana, el 93 es una réplica. Os parece inexorable, pero, no lo ha sido la monarquía? Carsier es un bandido; ¿qué nombre dais á Montrevel? Fouquier-Tinville es un pícaro, y ¿qué opináis de Lamoignon-Baville? Maillard es horrible, ¿y Saulx-Tavannes? El padre Duchène es feroz, y cómo se califica al padre Leteillier? Jourdan-Coupe-Tete es un monstruo, pero aun lo es más enorme el marqués de Louvois. Compadezco á María Antonieta, archiduquesa y reina, pero tambien me inspira compasión aquella pobre mujer hugonota, que en 1685, en la época de Luis el Grande, estando dando el pecho á su hijo la ataron á un poste, desnuda hasta la cintura, separándola de su hijo y poniéndoselo á alguna distancia. El verdugo decía á aquella mujer, madre y nodriza: Abjura! dándole á escoger entre la muerte de su hijo y la abjuración. ¿Qué decís de este suplicio de Tántalo aplicado á una madre?—Abrevió y concluyó. Todo está en mi favor y, además, me muero.

Dejando de mirar al obispo el convencional, terminó su pensamiento con estas tranquilas palabras:

—Sí; las brutalidades del progreso se llaman revoluciones; pero cuando aquellas terminan, se vé que ha sido maltratado el género humano, pero que ha adelantado en su camino.

El convencional no sospechaba que habia tomado por asalto todos los atrinchamientos interiores del obispo. Uno solo le quedaba, y de éste, supremo recurso de la resistencia de monseñor, salieron estas frases, en las que apareció toda la rudeza del principio del diálogo:

—El progreso debe creer en Dios. El bien no puede valerse de un servidor

impío, y el ateo es un mal conductor del género humano.

El antiguo representante del pueblo no respondió. Experimentó un temblor, miró al cielo y una lágrima brotó lentamente de sus ojos. Balbuceando en voz baja y como hablando consigo mismo, con la mirada perdida en la profundidad del espacio, exclamó:

—Oh, tú! oh, ideal! tú solo existes!

El obispo sintió inexplicable conmoción.

Hubo una pausa. El convencional levantó un dedo hácia el cielo, y añadió:

—El infinito existe. Está allí. Si el infinito no tuviera un yo, el yo sería su límite; no sería infinito; en otros términos, no existiría. Pero existe; luego hay un yo. Este yo del infinito es Dios.

El moribundo pronunció estas últimas palabras en voz alta y con el estremecimiento del éxtasis, como si contemplase á alguién. Cuando las terminó, sus ojos se cerraron; el esfuerzo agotó sus fuerzas. Era evidente que habia vivido en un minuto las horas que le quedaban de vida; lo que acababa de decir le habia acercado á la muerte; llegaba ya para él el supremo instante.

El obispo lo comprendió; el tiempo le apremiaba, porque fué allí como sacerdote; de la extremada frialdad pasó por grados á la extremada emoción; miró los ojos cerrados del convencional, le cogió la mano arrugada y fria y se inclinó hácia el moribundo.

—Esta hora debe consagrarse á Dios, le dijo. ¿No creéis que sería sensible habernos encontrado en vano?

El convencional volvió á abrir los ojos, y en su semblante apareció sombría gravedad.

—Señor obispo, repuso con lentitud, que provenia más acaso de la dignidad del alma que del desfallecimiento físico: he pasado la vida meditando en el estudio y la contemplación. Sesenta años tenia cuando mi país me llamó, mandándome que interviniese en sus asuntos. Obedecí; habia abusos y los combatí; habia tiranías y contribuí á destruirlas; habia derechos y principios y los proclamé y confesé. El territorio estaba invadido y le defendí; la Francia estaba amenazada y la ofrecí mi pecho. No era rico entonces y ahora soy pobre! Fuí uno de los dueños del Estado, y cuando las cuevas del Tesoro estaban atestadas, hasta el punto de que fué necesario apuntalar las paredes, que amenazaban reventarse por el peso del oro y

de la plata, yo iba á comer á la calle del Arbol Seco un cubierto de un franco. Socorrí á los oprimidos y alivié á los dolientes. Desgarré las vestiduras del altar, es cierto, pero fué para vendar las heridas de la patria. Sostuve siempre la marcha progresiva del género humano hácia la luz y he resistido algunas veces á los progresos crueles. Hubo ocasión en que protegí á mis adversarios, á vuestros amigos. Existe en Peteghem, en Flandes, un convento de urbanistas, el de la abadía de Santa Clara, á la que salvé en 1793. Cumplí siempre mi deber, según la medida de mis fuerzas, y he hecho todo el bien que he podido. A pesar de esto fui perseguido, difamado, maldecido, proscripito. Desde hace muchos años y á pesar de mis canas, veo todavía que hay gentes que se creen con derecho á despreciarme; tengo para la multitud ignorante cara de condenado, y acepto sin odiar á nadie el aislamiento á que me obliga el ódio de los demás. Ahora he cumplido ochenta y seis años y voy á morir. ¿Qué es lo que venís á pedirme?

—Vuestra bendición, contestó el obispo, y se arrodilló inclinándose.

Cuando monseñor levantó la cabeza, la faz del convencional habia adquirido expresión augusta: acababa de espirar.

El obispo regresó á su casa profundamente embebido en inexplicables pensamientos y pasó toda la noche en oración.

Al día siguiente algun curioso atrevido trató de preguntarle sobre el convencional G.; él se limitó á señalar al cielo.

Desde entonces el obispo redobló su ternura y su fraternidad con los miserables y con los pacientes.

Cualquier alusión que se hiciese al maldito convencional G. le sumia en profunda y singular meditación. El paso de aquel espíritu ante el suyo, el reflejo de aquella gran conciencia sobre la suya, influyeron algo en su proximidad á la perfección.

Su "visita pastoral," dió pábulo á las hablillas y murmuraciones de los círculos de la ciudad.

—¿Es sitio á propósito para un obispo la cabecera del lecho de semejante moribundo? decían.

No podia esperar su conversión, porque todos esos revolucionarios son relapsos. Entonces, por qué fué á visitarle? Qué tenia que hacer allí?

Sin duda tenia gran curiosidad de ver cómo el diablo se llevaba un alma.,

Una viuda encopetada, de esas mujeres impertinentes que se creen agudas, le dirigió esta pregunta:

—¿Cuándo gastará monseñor gorro rojo?

—Ese es un hermoso color, la respondió el obispo, y los que lo desprecian en el gorro lo veneran en el capelo.

XI.

Una restricción.

Se equivocaría el que dedujese de lo anterior que monseñor Bienvenido era "un obispo filósofo," ó "un cura patriota." Su encuentro, que casi podría llamarse su conjunción con el convencional G., le causó cierto asombro que le hizo ser más humilde aun; pero no pasó de ahí.

Aunque monseñor Bienvenido no fué nunca hombre político, quizás esta es la ocasión de indicar cuál fué su actitud en los sucesos de entonces, suponiendo que monseñor hubiera pensado en tomar alguna.

Retrocedamos, pues, algunos años.

Poco despues de su elevación al episcopado, el emperador le nombró baron del Imperio, al mismo tiempo que á otros varios obispos. Sabido es que se verificó el arresto del Papa en la noche del 5 al 6 de Julio de 1809; y en esta ocasión fué llamado monseñor Myriel por Napoleón al Sínodo de los obispos de Francia y de Italia, convocado en Paris.

El Sínodo se celebró en Nuestra Señora, el que se reunió por primera vez el 15 de Junio de 1811, bajo la presidencia del cardenal Fesch, y monseñor Bienvenido fué uno de los noventa y cinco obispos que acudieron, pero solo asistió á una sesión y á tres ó cuatro conferencias particulares. Como era obispo de una diócesis montañesa y vivia tan cerca de la naturaleza y en la rusticidad y en la sencillez, parecia aportar entre aquellos personajes eminentes ideas que cambiaban la temperatura de la asamblea, y regresó muy pronto á Digne. Cuando le preguntaron por el motivo de su rápido regreso, contestó:

—Les molestaba: el aire de fuera les entraba allí conmigo y yo les causaba el efecto de una puerta abierta.

Otra vez dijo:—Qué habia de suceder! Aquellos monseñores son unos príncipes y yo soy un obispo plebeyo.

La verdad era que disgustó á sus compañeros.

Entre otras cosas extrañas, se le escapó decir una noche que estaba en casa de uno de sus colegas más calificados: —Qué hermosos relojes! ¡Qué preciosas alfombras! Qué ricas libreas!... Todo esto me parece inoportuno. No quisiera poseer estas superfluidades, porque creería que me gritaban sin cesar á los oídos que hay personas que tienen hambre, que hay personas que tienen frío, que hay pobres.

Digámoslo de paso: no es odio inteligente el odio al lujo, porque implica el odio á las artes; sin embargo, en los hombres de iglesia, fuera de la representación y de las ceremonias, el lujo es una falta, porque parece que revela hábitos poco caritativos. El clérigo opulento es un contrasentido; el clérigo debe estar muy cerca del pobre. ¿Puede rozarse noche y día con todas las miserias, con todas las desgracias, con todos los infortunios, sin conservar algo en sí de esa santa miseria, como el polvo del trabajo? ¿Puede imaginarse un hombre al lado de un brasero y que no sienta el calor? ¿Hay algún hombre que trabaje continuamente en una fragua, que no tenga ni un cabello quemado, ni una uña ennegrecida, ni una gota de sudor, ni una mota de ceniza en la cara? La primera prueba de la caridad del sacerdote es la pobreza, sobre todo en el obispo.

Así opinaba monseñor Bienvenido.

No por eso debe creerse que participaba sobre ciertos puntos delicados de lo que llamaremos "las ideas del siglo". Se inmiscuía poco en las disputas teológicas del momento y guardaba silencio sobre las cuestiones en que están comprometidos el Estado y la Iglesia; pero si se hubiese visto obligado á dar su opinión, creemos que hubiera aparecido más ultramontano que galicano. Como dibujamos un retrato y nada tratamos de ocultar en él, debemos decir que fué glacial para con Napoleón cuando éste declinó. Desde 1813 se adhirió ó aprobó todas las manifestaciones hostiles al emperador. No quiso verle cuando pasó de vuelta de la isla de Elba, y se abstuvo de mandar que en su diócesis se hiciesen rogativas públicas por el emperador durante los cien días.

Además de su hermana Baptistina, tenía el obispo otros dos hermanos; el uno era general y el otro prefecto. A entrambos les escribía con frecuencia. Por espacio de algún tiempo estuvo tirante y como enojado con el primero, porque

estando encargado del mando en Provenza, en la época del desembarco de Cannes, se puso al frente de mil doscientos hombres para perseguir al emperador, y lo hizo de modo que lo dejó escapar. Con el otro hermano continuó la correspondencia más afectuosa; éste, que fué un antiguo y digno prefecto, vivía retirado en París.

Monseñor Bienvenido tuvo, pues, también su hora de espíritu de partido, su hora de amargura, su nube. La sombra de las pasiones del momento se proyectó en su alma grande y afable, solo ocupada de las cosas eternas. Semejante hombre merecía no tener opiniones políticas. No hay que interpretar mal nuestro pensamiento: no hay que confundir lo que se llama "opiniones políticas," con la gran aspiración al progreso, con la sublime fé patriótica, que debe constituir en nuestros días el fondo de toda inteligencia generosa.

Sin profundizar cuestiones que solo atañen indirectamente al asunto de este libro, diremos sencillamente que hubiera realzado mucho la figura de monseñor Bienvenido no haber sido realista y no haber apartado nunca la mirada de la contemplación serena del horizonte, en el que irradian, por encima del vaiven tempestuoso de las cosas humanas, las claras estrellas de la Verdad, de la Justicia y de la Caridad.

Hasta conviniendo en que Dios no creó para cargos políticos al obispo de Digne, hubiéramos comprendido y admirado en él que protestase en nombre del derecho y de la libertad contra Napoleón cuando era todopoderoso. Pero así como nos agrada la lucha *vis á vis* con los poderes que ascienden, nos disgusta el combate contra los poderes que caen. Nos place el combate mientras en él hay peligro, y en todos los casos solo los combatientes desde primera hora tienen el derecho de ser los exterminadores de la última. El que no fué acusador tenaz durante la prosperidad, debe callarse ante el hundimiento; el que denuncia durante el triunfo, es solo el justiciero legítimo durante la caída. En nuestro concepto, cuando la Providencia toma parte y hiere, hay que dejarla obrar.

El 1812 empieza á desarmarnos. En 1813 la cobarde ruptura del silencio de aquel Cuerpo legislativo, que envalentonaban las catástrofes, debió indignar, y era un error aplaudirla; en 1814, ante aquellos mariscales traidores, ante aquel

Senado que de un fango pasaba á otro, insultando despues de haber divinizado; ante aquella idolatría, que volvía las espaldas y escupía al ídolo, era un deber volver la cabeza y apartar la vista. En 1815, cuando se cernían en el aire los primeros desastres, cuando se agitaba Francia con el misterioso estremecimiento de su proximidad siniestra, cuando y confusamente se distinguía á Waterlón abierto ante Napoleón, la dolorosa aclamación del ejército y del pueblo al condenado por el destino no tenía nada de risible, y prescindiendo del déspota, un corazón como el del obispo de Digne no debió desconocer lo que había de augusto y de conmovedor en el estrecho abrazo de una gran nación y de un gran hombre, dado y recibido al borde del abismo.

Fuera de esto fué y era el obispo de Digne en todo justo, verdadero, equitativo, inteligente, humilde y digno; en él se amalgamaban el sacerdote, el sábio y el hombre. Hasta en la opinión política, que acabamos de reprocharle y que juzgamos con severidad, era tolerante; más tal vez que nosotros que le hemos censurado.

El portero de la Casa de la Ciudad fué colocado en Digne por el emperador: era un viejo sargento de la antigua guardia, legionario de Austerlitz y más bonapartista que el águila. Soltaba á cada instante y sin reflexionar frases que las leyes de entonces calificaban de *dichos sediciosos*. Desde que el contorno imperial desapareció de la legión de Honor, nunca ya se vestía *con arreglo á ordenanza*, para no verse obligado á ponerse la cruz. Quitó por devoción la efigie imperial de la cruz que Napoleón le concediera, que causó un agujero en la condecoración, y ya no quiso poner nada en aquel sitio. *Antes morir*, decía, *que llevar los tres sapos sobre mi corazón*. Burlábase en voz alta de Luis XVIII, y exclamaba: *¡Viejo gotoso, con calzones de inglés; que se vaya á Prusia con su escorzo-nera!* y se consideraba feliz reuniendo las dos cosas que más detestaba: la Prusia y la Inglaterra. Pero tanto chismeó, que al fin perdió el empleo, quedando sin pan y con mujer é hijos. El obispo le llamó, le riñó con dulzura y le nombró portero de la Catedral.

A los nueve años de acciones loables y santas consiguió monseñor Bienvenido que toda la ciudad de Digne sintiese por él cariñosa veneración; hasta le dispensaron la conducta que observó con

Napoleón, y tácitamente se la perdonó el pueblo; el pueblo, rebaño débil que adoraba á su emperador, pero que amaba á su obispo.

XII.

Soledad de monseñor Bienvenido.

Hay casi siempre alrededor de los obispos una turba de cleriguillos, como alrededor de los generales un enjambre de oficiales. A aquellos les llama el bueno y sencillo San Francisco de Sales, no sé dónde, "curas boquirubios." Todas las carreras tienen sus aspirantes, que forman el séquito de los que han llegado al término. No hay poder que no tenga su comitiva, ni fortuna que no tenga su córte. Los que desean crearse un porvenir hormiguean alrededor del presente espléndido. Toda metrópoli tiene su Estado Mayor. El obispo, por poco influyente que sea, tiene cerca de él una nube de querubines seminaristas, que hacen la ronda y conservan el orden en el palacio episcopal. Agradar á un obispo es poner un pié en el estribo para un subdiaconato. Es necesario hacer carrera, que el apostolado no desdeña las canongías.

Así como en otras carreras hay cargos pingües, en la Iglesia hay mitras productivas que las desempeñan los obispos que gozan de favor en la córte, los ricos, los hábiles, los que saben orar, pero también solicitar. ¡Feliz el que se aproxima á ellos! Como son personajes de crédito, hacen llover sobre sus servidores solícitos y sobre sus favoritos los buenos curatos, las prebendas, los arcedianatos, las capellanías y las canongías, para esperar así cómodamente que les lleguen las dignidades episcopales. Cuando aquellos avanzan hacen progresar á sus satélites y constituyen todo un sistema solar en marcha. Sus rayos enrojecen á su acompañamiento. Su prosperidad se distribuye entre sus paniaguados en buenas proporciones y buenos ascensos. Cuanto mayor es la diócesis del patrono, mayor es el curato del favorito. En último término está Roma. El obispo que sabe llegar á arzobispo, el arzobispo que sabe llegar á cardenal, os lleva como conclave, entráis en el tribunal de la Rota, disponéis de pálio, llegáis á auditor, á camarero, á monseñor: desde Grandeza á Eminencia no hay más que un paso, y desde Eminencia á Santidad solo media el humo de un escrutinio. Todo

solideo puede soñar con la Tiara. El sacerdote es en nuestros días el único hombre que puede regularmente llegar á ser rey, y qué rey! en rey supremo. Por eso es un semillero de aspirantes el Seminario, y muchos infantillos y muchos presbíteros jóvenes llevan en la cabeza el cántaro de la lechera de la fábula, y se equivocan de buena fé, tomando por vocacion su ambicion oculta.

El humilde, pobre y particular monseñor Bienvenido no era contado entre las grandes mitras, y por eso era visible la ausencia de clérigos jóvenes á su alrededor. Ya vimos que en Paris disgustó. Ni un solo porvenir se apoyaba en el solitario anciano, ni una sola ambicion en flor cometia la locura de cobijarse á su sombra. Sus canónigos y sus curas párrocos eran viejos bonachones, tan plebeyos como él y como él encerrados en aquella diócesis, sin salida para el cardenalato.

Comprendian muy bien la imposibilidad de medrar al lado de monseñor Bienvenido, y los jóvenes, que apenas salian del Seminario tonsurados y ordenados por él, buscaban recomendaciones para los obispos de Aix ó de Auch, se alejaban de allí en seguida, porque todo el mundo, al fin y al cabo, desea hacer carrera. La vecindad de un santo entregado á la abnegacion es peligrosa y puede comunicar, por medio del contagio, la pobreza incurable, la anquilosis de las articulaciones útiles para avanzar y la renuncia á la ambicion, y todo el mundo huye de una virtud sarnosa. Por eso estaba tan aislado monseñor Bienvenido. Vivimos en una sociedad sombría. Medrar es la enseñanza que, gota á gota, cae de la corrupcion á plomo sobre nosotros.

Dicho sea de paso, la fortuna es una cosa repugnante. Su falsa semejanza con el mérito engaña á los hombres. Para la multitud la fortuna tiene casi el mismo rostro que la superioridad. La suerte, gemelo falso del talento, tiene una victima á la que engaña, y es la historia. Solo Juvenal y Tácito murmuran de aquella. En nuestros días ha entrado de criada en casa de la suerte una filosofía casi oficial, que lleva la librea de su ama y hace de lacayo en la antesala. Medrad, esta es la teoría. Prosperidad supone capacidad. Ganad el premio gordo de la lotería y sois un hombre hábil. La sociedad actual venera al que medra. Naced con zurrón: todo consiste en eso. Aprovechad la ocasion de medrar y

tendreis todo lo demás: sed afortunado y os creerán grande.

Si apartamos de la regla general á cinco ó seis excepciones inmensas, que son el orgullo y la luz de un siglo, la admiracion contemporánea no es más que miopía: toma por oro aldouble. Ser advenedizo no importa, con tal de ser afortunado. El vulgo es un viejo Narciso que se adora á sí mismo, aplaudiendo todo lo vulgar. La facultad extraordinaria por la que el hombre llega á ser Moisés, Esquilo, Dante, Miguel Angel ó Napoleon, la concede la multitud por unanimidad y por aclamacion á todo el que logra su objeto, cualquiera que éste sea.

La sociedad dice que tiene génio el notario que se transforma en diputado, el falso Corneille que escribe *Tiridates*, el eunuco que llega á poseer un serrallo, el militar adocenado que gana por chiripa la batalla decisiva de una época, el boticario que inventa suelas de carton para un ejército expedicionario, y con el carton vendido por cuero se forma una renta de cuatrocientos mil francos; el mozo de esquina que se dedica á la usura y la hace producir siete ú ocho millones, el predicador que llega á obispo por su oratoria gerundiana, el mayordomo de un opulento que se ha enriquecido y que al dejar el servicio le nombran ministro de Hacienda; á todo eso llama la multitud Génio, como llama Belleza á la figura de Mousqueton y Majestad á la tiesura de Cláudio. Confunde con las constelaciones del firmamento las huellas estrelladas que dejan en el cieno blando del lodazal las patas de los gansos.

XIII.

Lo que el obispo creía.

Bajo el punto de vista de la ortodoxia no debemos sondear al obispo de Digne. Alma como la suya solo debe inspirar respeto. La conciencia del justo debe creerse bajo su palabra. Además, comprendiendo ciertas naturalezas, admitimos en ellas el desarrollo posible de todas las bellezas de la virtud humana en una creencia diversa de la nuestra.

¿Qué pensaba sobre este dogma ó sobre aquel misterio? Solo la tumba conoce estos secretos del foro interno, y en ella las almas entran desnudas. De lo que estamos seguros es de que nunca resolvía las dificultades de la fé por medio de

la hipocresía. En el diamante no cabe podredumbre. Creía todo lo que podía. *Credo in Patrem*, exclamaba con frecuencia, sacando además de las buenas obras la suma de satisfacciones que basta á la conciencia y que os dice en voz baja: ¡Tú estás con Dios!

Lo que debemos notar es que, fuera y, por decirlo así, más allá de su fé, sentía un exceso de amor. Por eso, *quia multum amavid*, le juzgaban vulnerable los "hombres serios", "las personas graves", y la "gente sensata", segun las locuciones favoritas de nuestro frívolo mundo, en el que el egoismo recibe el santo y seña del pedantismo.

Qué era, pues, su exceso de amor? La benevolencia tranquila y serena que, rebasando de los seres humanos, se extendía hasta á los objetos. Vivía sin desdenar nada y era indulgente para todo lo creado. El hombre más excelente retiene dentro de sí cierta dureza irreflexiva que reserva siempre para los animales. El obispo de Digne carecia de esa dureza peculiar á muchos sacerdotes. No llegaba hasta la veneracion del brahman á los seres vivientes, pero parecia haber meditado esta frase del Eclesiastes: "¿Sabes á dónde vá el alma de los animales?" La fealdad del aspecto, la deformidad del instinto, ni le turbaban ni le indignaban; al contrario, casi le conmovian y le estremecian. Parecia que quisiese investigar, más allá de la vida aparente, la causa, la explicacion ó la excusa de aquellas deformidades. En ciertos momentos parecia que pedia á Dios conmutaciones. Examinaba sin cólera y con la mirada del lingüista que descifra un palimpsesto la cantidad de caos que existe todavía en la naturaleza. Durante estas meditaciones dejaba á veces escapar palabras extrañas. Una mañana que se creía estar solo en el jardín, y en que su hermana caminaba detrás de él, sin que él la viese, paróse de pronto y miró en el suelo algo que se movía; era una araña gorda, negra y velluda. Su hermana oyó que le decia:

—Pobre animal! no tiene él la culpa.

¿Por qué no hemos de referir esas niñerías casi divinas de la bondad? Serán puerilidades, en buen hora; pero esas fueron las puerilidades sublimes de San Francisco de Asís y de Marco Aurelio.

Un día monseñor se torció un pié por no querer aplastar una hormiga.

Así era ese hombre justo.

Si hemos de creer esos relatos que se hacian de su juventud y hasta de su

edad viril, monseñor Bienvenido fué en otros tiempos hombre apasionado y casi violento. Su mansedumbre universal, más que instinto natural, era el resultado de una gran conviccion filtrada en su corazón al través de la vida, y que cayó lentamente sobre él pensamiento á pensamiento; porque en un carácter de roca puede haber agujeros causados por gotas de agua, y semejantes cavidades son indelebiles; estas formaciones son indestructibles.

En 1815 tenia setenta y cinco años y no aparentaba tener más de sesenta. No era alto, estaba algo obeso, y para combatir la corpulencia daba largos paseos; su paso era firme, aunque su cuerpo se encorvaba un poco, detalle del que nada pretendemos deducir. Gregorio XVI, á los ochenta años se mantenía derecho y se sonreía, lo que no le impidió ser un mal obispo. Monseñor Bienvenido tenia hermosa cabeza, pero era tan amable que hacia olvidar su hermosura.

Cuando conversaba con la alegría infantil, que constituía una de sus gracias, causaba cierto placer estar á su lado, pues parecia que de todo su sér brotaba la alegría. Su cutis rosado y fresco, sus dientes blanquísimos y bien conservados, le daban el aspecto franco y abierto que nos hace decir de un hombre: "Es una buena persona", y de un anciano: "Es un anciano bonachon". Este fué el efecto que á Napoleon le produjo. El efecto que producía á primera vista era ese; pero para el que permanecía algunas horas á su lado, por poco rato que le viese pensativo, el buen hombre se transfiguraba poco á poco y adquiría un no sé qué de imponente; su frente espaciosa, serena y augusta, adquiría majestad en la meditacion; de su bondad perenne se desprendía la majestad, sin que la bondad dejase de irradiar en él, y hacia experimentar algo parecido á la emocion que causaria ver á un ángel sonriéndose y abrir lentamente las alas sin dejar de sonreír. Respeto inexplicable penetraba gradualmente y llegaba hasta el corazón del que pasaba largo tiempo á su lado, al comprender que estaba ante una de esas almas fuertes, experimentadas é indulgentes, en las que el pensamiento es tan grande que no puede dejar de ser tierno.

Como acabamos de ver, llenaban casi por completo los días de su vida la oracion, la celebracion de los oficios religiosos, el cultivo de un rincón de tierra, la fraternidad, la frugalidad, la hospitali-

dad, el desprendimiento, la confianza, el estudio y el trabajo. *Llenar* es precisamente la palabra propia para expresar nuestra idea, pues todos los días del buen obispo estaban llenos de buenos pensamientos y buenas palabras y obras.

Parecía que era para él una especie de rito prepararse para dormir, meditando ante los grandes espectáculos que ofrece el cielo por la noche, y por eso paseaba una ó dos horas por el jardín antes de acostarse. A veces, á hora bastante avanzada de la noche, si las dos mujeres no dormían, paseaba por las calles de su huerto. Allí, solo consigo mismo y recogido, comparaba la serenidad de su corazón con la serenidad de lo etéreo, y le conmovían en las tinieblas los resplandores visibles de las constelaciones y los invisibles de Dios, abriendo su alma á los pensamientos que caen de lo desconocido.

En aquellos momentos ofrecía su corazón á la hora en que las flores nocturnas ofrecen sus perfumes, encendido como una lámpara en la noche estrellada, difundiendo en éxtasis entre la irradiación universal de la creación. No hubiera podido decir él mismo lo que pasaba en su espíritu; sentía algo que se lanzaba fuera de él y algo también que descendía sobre él. ¡Misteriosos cambios entre los abismos del alma y los abismos del universo!

Pensaba en la grandeza y en la presencia de Dios, en el extraño misterio de la eternidad futura y en la eternidad pasada, misterio más extraño todavía; en todos los infinitos que á su vista se perdían en todas direcciones, y sin tratar de comprender lo incomprendible, lo contemplaba. No estudiaba á Dios, pero se deslumbraba contemplando sus obras. Consideraba los magníficos enlaces de unos átomos con otros que dan aspecto á la materia, revelan las fuerzas, evidenciándolas, que crean los individuos en la unidad, las proporciones en la extensión, lo innumerable con lo infinito, y que por medio de la luz producen la belleza. Estos enlaces, que se anudan y desanudan sin cesar, causan la vida y la muerte.

Sentábase el obispo en un banco de madera pegado á una parra decrepita y miraba los astros al través de las siluetas descarnadas y raquíticas de sus árboles frutales. Profesaba gran cariño á aquel pequeño huerto, pobremente plantado y lleno de cobertizos y de casuchas. Aquel estrecho cercado que tenía

por bóveda los cielos, ¿no era suficiente para adorar á Dios en sus obras más hermosas y sublimes? ¿qué más podía desear el humilde sacerdote? Un pequeño jardín para pasear y la extensión inmensa para meditar; á sus pies lo que puede cultivarse y recogerse; sobre su cabeza lo que se puede estudiar y meditar: algunas flores en la tierra y muchas estrellas en el cielo.

XIV.

Lo que el obispo pensaba.

Como la clase de detalles que acabamos de dar, particularmente en el capítulo anterior, podrían hacer aparecer al obispo de Digne panteísta y dar á entender, en favor ó en contra suya, que profesaba una de esas filosofías personales propias de nuestro siglo, que germinan algunas veces en los espíritus solitarios, arraigan, se desarrollan y crecen hasta reemplazar en ellos á la religión, debemos decir, é insistimos en esto, que ninguno que trató á monseñor Bienvenido se creyó autorizado para pensar nada semejante de él. El corazón era el que iluminaba á aquel hombre; de esta luz era hija su sabiduría.

No profesar ningún sistema y practicar muchas obras era su regla de conducta. Las especulaciones abstractas acaban por producir vértigos, y nada indica que aventurase su espíritu en los apocalipsis. El apóstol puede ser audaz, pero el obispo debe ser tímido. Probablemente hubiera tenido escrúpulo de sondear demasiado el fondo de ciertos problemas, reservados en cierto modo para los grandes y atrevidos pensadores. Producen horror sagrado los pórticos del enigma; sus huecos sombríos están abiertos, pero parece que se oye bajo de ellos una voz que grita: "Pasajeros de la vida, no entreis aquí. ¡Desgraciado del que aquí penetre."

Los géneos, en las profundidades desconocidas de la abstracción y de la especulación pura, situados, por decirlo así, por encima de los dogmas, proponen sus ideas á Dios. Su plegaria ofrece audazmente la discusión, su adoración interroga. Esta es la religión directa, llena de ansiedad y de responsabilidad para el que trata de subir por sus escabrosidades.

La meditación humana no tiene límites. A su costa y riesgo analiza y profundiza su propio deslumbramiento, y

podiera casi decirse que por una especie de reacción espléndida deslumbraba á la naturaleza; el misterioso mundo que nos rodea devuelve lo que recibe, y es probable que los contempladores sean contemplados. Sea de esto lo que quiera, hay hombres en el mundo que perciben distintamente en el fondo de los horizontes de la meditación las alturas de lo absoluto, y que tienen la visión terrible de la montaña infinita. Monseñor Bienvenido no era de esos hombres; monseñor Bienvenido no era un génio. Le habrían asustado esas altas sublimidades, desde las que algunos hombres grandes, como Swedenborg y Pascal, se deslizaron hasta la demencia. Ciertamente esos poderosos delirios prestan su utilidad moral, y por esos caminos áridos nos aproximamos á la perfección ideal. El obispo de Digne caminaba por el sendero que abrevía el trayecto; por el Evangelio.

No pretendía que su casulla formase los pliegues del manto de Elías; no proyectaba ningún rayo del porvenir sobre la marcha tenebrosa de los sucesos; no trataba de condensar en llama la luz de las cosas; nada tenía de profeta ni de mago. Era una alma humilde que amaba y nada más.

Es probable que dilatase su oración hasta convertirla en aspiración sobrehumana, pero en orar no hay nunca exceso, ni en amar tampoco, porque si lo fuese el rezar mucho más de lo que marcan los textos, Santa Teresa y San Gerónimo serían herejes.

Inclinábase siempre ante los que gimen y ante los que expían. El universo era á sus ojos como una inmensa enfermedad; sentía en todas partes la calentura, auscultaba en todas partes el padecimiento, y sin tratar de adivinar el enigma, procuraba curar la llaga. El imponente espectáculo de las cosas creadas desarrollaba en él el enternecimiento, y solo se ocupaba en buscar para sí y para los demás el mejor modo de compadecer y de aliviar; cuanto existe, para aquel excelente eclesiástico era objeto permanente de tristeza, que procuraba consolar.

Hay hombres que trabajan para extraer el oro; él trabajaba para extraer la piedad, y la miseria universal era su mina. El dolor difundido por todas partes le daba ocasión siempre para ejercitar la bondad. *Amaos los unos á los otros*; en esta máxima se encerraba toda su doctrina. En una ocasión aquel senador,

que ya describimos y que se creía "filósofo", dijo al obispo:

—Ya veis el espectáculo que ofrece el mundo: el de la guerra de todos contra todos; el más fuerte es el que tiene más talento. Vuestra máxima de *Amaos los unos á los otros* es una tontería.

—Pues bien, le respondió monseñor Bienvenido, si es una tontería, el alma debe encerrarse en ella como la perla dentro de la concha.

Así lo hacía, en efecto, el digno sacerdote, sin ocuparse nunca de las cuestiones religiosas que atraen y asustan con las perspectivas insondables de la abstracción, con los precipicios de la metafísica, con las profundidades, convergentes para el apóstol hácia Dios y para el ateo hácia la nada. No se ocupaba del destino, de la guerra del sér contra el sér, de la transformación por medio de la muerte, de la recapitulación de existencias que contiene la tumba, del alma, de la naturaleza, de la libertad, ni de la necesidad, ni de ninguno de esos problemas pavorosos, de esos precipicios siniestros á los que se asoman los gigantescos arcángeles del espíritu humano, formidables abismos que Manú, Lucrecio, San Pablo y Dante contemplan con los ojos fulgurantes, que, mirando fijamente al infinito, parece que hagan brotar en él las estrellas.

Monseñor Bienvenido era sencillamente el hombre que vé desde fuera las cuestiones misteriosas, sin escrutarlas, sin agitarlas, sin que lleguen á perturbar su propio espíritu: sentía en su alma respeto grave á los misterios.

LIBRO SEGUNDO.

La caída.

I.

La noche de un día de marcha.

En los primeros días del mes de Octubre de 1815, una hora antes de ponerse el sol, un hombre que viajaba á pié entró en la ciudad de Digne.

Los pocos habitantes que estaban asomados á las ventanas, ó en el umbral de sus puertas, observaban con inquietud á dicho viajero. Difícil era ver un transeunte de aspecto más miserable. Era un hombre de mediana estatura, rechoncho y robusto, que podía contar de cuarenta